

VIII

LA SALA DE LAS METAMORFOSIS

Recordad, caros lectores, las horas de fiebre que habéis visto pasar con una lentitud abrumadora esperando el momento de vuestra primera cita, ó mejor todavía, recordad en la memoria las terribles angustias que os han oprimido el corazón esperando ese minuto fatal que debía mostrarnos la prueba de la infidelidad de la mujer que amabais, y tendréis una idea de lo lento y doloroso con que transcurrió aquel día, que pareció eterno al pobre príncipe de Condé.

Trató de poner en práctica esa receta de los médicos y de los filósofos de todos los tiempos: combatir las preocupaciones del espíritu con las fatigas del cuerpo. Eligió el caballo más corredor, montó en él, le soltó la brida, ó se la creyó soítar, y al cabo de un cuarto de hora, caballo y caballero se encontraban en Saint-Cloud, donde M. de Condé no tenía desco de ir cuando salió de su casa.

Lanzó su caballo en dirección opuesta, y después de una hora se encontró en el mismo sitio: el castillo de Saint-Cloud era para él la montaña imantada de los navegantes de *Las mil y una noches*, donde se acercaban incesantemente todos los buques á pesar de los esfuerzos que hacían para alejarse.

El medio de los filósofos y de los médicos, infalible para otros, no tuvo resultado alguno para el príncipe de Condé, que cuando llegó la noche se encontró con el cuerpo fatigado, pero tan preocupado de espíritu como estaba por la mañana.

Al anochecer regresaba á su casa cansado, abatido.

Su ayuda de cámara le entregó tres cartas, que por la letra conoció que eran de las primeras señoras de la corte, pero no las abrió siquiera.

El mismo criado le dijo que se había presentado seis veces en su casa un joven preguntando por él, diciendo que tenía comunicaciones muy importantes que hacer al príncipe, pero que á pesar de todas sus instancias no había querido decir su nombre.

Pero maldito si le hizo caso alguno el príncipe, y pasando á su habitación, abrió maquinalmente un libro. Pero ¿qué libro podía suavizar las mordeduras de aquella víbora que llevaba en el corazón?

Se echó sobre la cama; pero aun cuando no había dormido la noche anterior y estaba fatigado por el ejercicio del día, llamó vanamente á ese amigo que se llama sueño, y que, semejante á los demás amigos, acude á nuestro lado en las horas de felicidad, pero se aleja cuando más se le necesita, que es en las horas del infortunio.

Por fin la hora esperada tanto tiempo llegó.

El timbre de un reloj resonó doce veces, y el vigilante nocturno pasó gritando:

—¡Las doce de la noche! ¡Dormid en paz!

El príncipe cogió su capa, se ciñó la espada, colgó el puñal y salió.

Inútil es decir dónde iba. Diez minutos después estaba en la puerta del Louvre.

El centinela estaba ya prevenido y el príncipe no tuvo que hacer sino dar su nombre.

Un hombre se paseaba por el corredor al cual daba la puerta de la cámara de las Metamorfosis.

Condé vaciló un instante, porque aquel hombre le volvía la espalda; pero al ligero rumor que produjo su llegada, volvió la cabeza, y nuestro enamorado reconoció á Dandelot que le esperaba.

—Aquí me tenéis, dijo éste, dispuesto, según mi promesa, á ayudaros contra cualquier amante ó marido que trate de impedir el paso.

Condé apretó con mano calenturienta la de su amigo.

—Gracias, repuso; no tengo nada por que temer, puesto que no soy yo el hombre amado.

—Entonces ¿por qué diablo venís?

—Por conocer á quién se ama. Pero silencio. Alguien llega.

—No veo á nadie.

—Ni yo tampoco, pero escucho el rumor de pasos.

—¡Vaya un oído que tienen los celosos! dijo Dandelot.

Condé arrastró á su amigo hasta el hueco de una ventana, y desde allí vieron que se acercaba como una sombra que llegó hasta la puerta de la sala de las Metamorfosis, se detuvo un instante, escuchó, miró, y no viendo ni oyendo nada, empujó la puerta y entró.

—Esta no es la señorita de Saint-André, murmuró el príncipe. Es más alta que ella.

—¿Es acaso á la señorita de Saint-André á quien esperáis? preguntó Dandelot.

—A la que espero, no. A la que acecho, sí.

—¿Pero cómo es que la señorita...?

—Silencio.

—Mas...

—Tomad, mi querido Dandelot; para tranquilizar vuestra conciencia tomad ese billete. Guardadle como á las niñas de vuestros ojos, leedle, y si por una casualidad yo no descubriese esta noche nada de lo que busco, procurad entre todas las letras que conozcáis de descubrirme á quien pertenece esa.

—¿Puedo comunicar este billete á mi hermano?

—Ya le ha leído. ¿Tengo acaso secretos para él? ¡Cuánto daría por saber quién ha escrito ese billete!

—Mañana os le devolveré.

—No. Iré á buscarle á vuestra casa. Dejadlo á vuestro hermano. Puede que tenga yo que deciros algo. Pero mirad, he aquí esa misma persona que sale de la cámara.

La sombra que había entrado en la cámara salía efectivamente, y esta vez se dirigía hacia donde estaban los dos amigos.

Afortunadamente el corredor estaba poco alumbrado y el sitio donde aquéllos estaban escondidos se hallaba en la sombra.

Por lo de prisa que caminaba la sombra en medio de aquellas tinieblas, demostraba que el camino le era muy familiar.

En el momento que pasaba por delante de los dos amigos, Condé oprimió el brazo de Dandelot, y murmuró:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Es la Lanoue!

La Lanoue era una de las damas de Catalina de Médicis, la que la reina madre quería más y en la que tenía más confianza.

¿Qué iba á hacer allí, sino llamada á la cita que se le daba en el billete?

Había dejado entornada la puerta, lo que demostraba que iba á volver.

No podía perderse un instante, porque al regresar era seguro de que cerraría la puerta.

Estas reflexiones pasaron por la mente del príncipe como un relámpago, y estrechando entre las suyas la mano de Dandelot, se lanzó á la sala de las Metamorfosis.

Cuando Dandelot trató de detenerle, ya había desaparecido.

Como había supuesto, la puerta cedió á una simple presión de su mano, y se encontró en la cámara.

Esta era una de las más bellas del Louvre antes que Carlos IX empezara la pequeña galería y quitase su nombre mitológico á las tapicerías que la cubrían.

Efectivamente, las fábulas de Perseo y Andromeda, de Medusa, del dios Pan, de Apolo y Dafné, formaban los principales asuntos de estos cuadros en que el tejido había luchado victoriosamente más de una vez contra la pintura.

Pero lo que realmente llamaba más la atención, dice un historiador, era la fábula de Júpiter y Danae.

La Danae estaba hecha por una mano tan delicada y de un modo tan discreto, que se veía en el semblante de la deidad la embriaguez que en ella producía sentir, ver y escuchar como caía la lluvia de oro.

Estaba como reina entre las demás tapicerías, alumbrada por una lámpara de plata esculpida, y no fundida, según se aseguraba, por el mismo Benvenuto Cellini. Y en efecto, ¿qué otro que el cincelador florentino hubiera podido vanagloriarse de hacer de un pedazo de plata un vaso de flores de donde se escapaba, flor luminosa ella misma, la llama que iluminaba el aposento?

Esta tapicería de la Danae formaba las paredes de una alcoba, y la lámpara, al mismo tiempo que alumbraba la Danae inmortalizada y pintada, estaba destinada á iluminar todas las Danaes vivas y mortales que fueran á esperar en aquel lecho, sobre el cual estaba suspendida la lluvia de

oro de los Júpiter de aquel Olimpo terrestre que se llamaba Louvre.

El príncipe miró á su alrededor; levantó cortinajes y portiers para asegurarse que estaba solo, y después de esta municiosa pesquisa, saltó la balaustrada, y tendiéndose sobre la alfombra se metió debajo de la cama.

Para aquellos de nuestros lectores que no están familiarizados con el mobiliario del siglo xvi, diremos que la balaustrada era una especie de cuadrado hecho con pequeños pilares formando galería que se ponía alrededor de los lechos para cerrar las alcobas, como se ve todavía en el coro de las iglesias ó de las capillas y en el dormitorio de Luis XIV en Versailles.

Esta pequeña digresión creemos que nos la dispensarán nuestros lectores en gracia siquiera de su brevedad, y sin dar ya otra explicación seguiremos adelante nuestro relato.

Arrastrándose sobre la alfombra hemos dicho que el príncipe se había deslizado bajo el lecho.

Esta era una posición ridícula, indigna de un príncipe, sobre todo cuando este príncipe se llamaba el de Condé. Pero ¿qué queréis? yo no tengo la culpa si el príncipe de Condé, joven, hermoso, enamorado, estuviera tan celoso que él mismo se pusiera en ridículo, y como encuentro el hecho consignado en la historia del príncipe, se me permitirá no ser más escrupuloso que el mismo historiador.

Y cualquiera observación que pudiera hacer el lector es tan verdadera y tan sensata, que apenas estaba bajo la cama el príncipe se hizo las mismas reflexiones que vosotros debéis hacer sin duda, y que, censurándose de la manera más severa, pensaba en la desdichada figura que haría si fuese descubierto bajo aquel lecho, aunque no fuera más que por un criado. ¡Qué serie de epigramas y de pasquines iba á proporcionar á sus enemigos! ¡Qué ridículo tan espantoso iba á correr á los ojos de sus amigos!

Y llegó hasta creer que veía destacarse del fondo de la tapicería el rostro severo del almirante, porque cuando niños ú hombres nos encontramos en una situación equivoca, la persona que más tememos ver aparecer para reprocharnos nuestra locura, es siempre la que amamos y respetamos más.

El príncipe se dirigió todas las reprimendas que un

hombre de su carácter y de su condición se debía hacer en semejante caso; pero el resultado de todos sus razonamientos fué extenderse un poco más bajo la cama é instalarse lo más cómodo posible.

Por otra parte, él tenía también algo en qué pensar.

El proceder que había de emplear una vez que los dos amantes estuvieran allí.

Lo que le parecía más sencillo, era salir bruscamente, y sin explicación alguna cruzar su espada con su rival.

Pero esta conducta, aun cuando sencilla en apariencia, reflexionando sobre ella le pareció algo peligrosa, no para su persona, sino para su honor.

Este compañero, cualquiera que fuese, es verdad que era cómplice en la coquetería de la señorita de Saint-André, pero cómplice bien inocente.

En su consecuencia, volvió sobre su primera determinación, y resolvió ver y escuchar friamente lo que iba á pasar ante sus ojos.

Acababa de cumplir este gran acto de resignación, cuando el timbre de su reloj, que era muy sonoro, fué á revelar la existencia de un nuevo peligro.

Desde que Carlos V, en el monasterio de Yuste, se ocupaba en la relojería, los relojes eran, no solamente objetos de lujo, sino más bien de fantasía, y andaban más bien á su capricho que según el propósito del macánico.

De aquí resultó que el reloj del príncipe, que retrasaba media hora al del Louvre, se puso á tocar las doce.

M. de Condé, como ya se ha visto, era presa de una gran impaciencia, y temeroso de que al terminar el reloj le diera el capricho de comenzar de nuevo y que el timbre acusador le denunciara, puso el indiscreto reloj en la palma de su mano, y con la empuñadura del puñal apretó de tal modo sobre la tapa, que se partió la doble caja y el reloj cayó para siempre hecho pedazos.

La injusticia de los hombres estaba satisfecha.

Apenas terminada esta ejecución, cuando se abrió la puerta de la cámara y el príncipe vió entrar en ella á la señorita de Saint-André, con la mirada escrutadora y el oído atento, siguiendo de puntillas á la odiosa criatura llamada Lanoue.



IX

EL TOCADOR DE VENUS

Al decir que iba siguiendo de puntillas á la odiosa criatura llamada Lanoue, nos equivocamos, no respecto á ésta, sino á Carlota de Saint-André.

Una vez en la cámara, la joven no siguió á su compañera, sino que la precedió.

La Lanoue se quedó detrás para cerrar la puerta.

La joven se detuvo delante de un tocador sobre el cual había dos candelabros que sólo esperaban, para brillar en toda su esplendidez, que se encendieran las bujías.

—¿Estáis bien segura que no nos ha visto nadie, querida Lanoue? dijo la joven con aquel dulcísimo acento que, después de haber hecho vibrar el amor, hacía vibrar ahora la cólera en el corazón de Condé.

—No temáis nada, señorita, dijo la interrogada. Por efecto de las amenazas de la carta dirigida ayer al rey, se ha dado órdenes severas, y desde las diez de la noche las puertas del Louvre están cerradas para todo el mundo.

—¿Para todo el mundo?

—Sí, señorita.

—¿Sin excepción?

—Ninguna.

—¿Hasta para el príncipe de Condé?

La Lanoue se sonrió.

—Para el príncipe de Condé sobre todo.

—¿Estáis bien segura?

—Ya lo creo, señorita.

—Es que...

Y la joven se detuvo.

—¿Tenéis algo que temer de monseñor?

—¡Oh! mucho.

—¿De veras?

—Hay algo respecto al príncipe que me tiene sobresaltada.

—Pero ¿qué es?

—Y temo que no me persiga hasta aquí.

—¡Hasta aquí!

—Sí, Lanoue.

—¿Pero hasta en la cámara que estamos?

—Sí.

—¿Pues quién le ha podido decir...?

—¡Lo sabe, Lanoue, lo sabe!

Como puede comprenderse perfectamente, el príncipe escuchaba atentamente.

—Bien, prosiguió la Lanoue, ¿quién le ha dicho al príncipe que vos estabais en este sitio?

—Yo misma.

—¡Vos!

—He cometido una necedad que no tiene disculpa.

—¡Dios mío!

—Imagínate que ayer, al separarme del príncipe, cometí la imprudencia, siguiendo una broma, de tirarle mi pañuelo, y dentro de él estaba el billete que me habías dado.

—Pero ¿estaba firmado?

—Por suerte no lo estaba.

—Ya ha sido suerte, en efecto, ¡Válgame Dios!

Y la Lanoue se santiguó devotamente.

—¿Por qué no le habéis pedido el pañuelo? dijo después.

—Ya lo hice. Mezieres ha estado seis veces en su casa; pero el príncipe salió por la mañana y á las nueve de esta noche no había regresado todavía.

—¡Vamos! murmuró el príncipe, ha sido el paje de la pesca el que estuvo á verme con tanta insistencia.

—¿Y os fiáis de ese paje?

—Está loco por mí.

—Los pajes son bien indiscretos; ya sabéis que hay un proverbio sobre ese particular.

—Mezieres no es mi paje, es mi esclavo, dijo la joven

con desdeñoso acento. ¡Ay Lanoue! no es él quien me inspira temor, sino ese maldito príncipe de Condé, á quien no alcanzará todo el mal que le deseo.

—Gracias, murmuró el príncipe; ya me acordaré de vuestros buenos sentimientos.

—Lo que es por esta noche podéis estar tranquila, señorita. Conozco al capitán de la guardia escocesa y voy á recomendarle á monseñor.

—¿De parte de quién?

—De la mía. Estad tranquila; esto bastará.

—¡Hola! dijo con acento intencionado Carlota.

—¿Qué queréis, señorita? cuando una hace el negocio de los otros, no creo que haya ningún mal en ocuparse un poco de los suyos.

—Gracias, Lanoue, porque te aseguro que el temor que me inspira ese hombre bastaría para enturbiar el placer que voy á disfrutar esta noche.

La Lanoue se dispuso á salir.

—Oye, dijo la señorita de Saint-André, antes de marcharte haz el favor de encender esos candelabros; no quiero permanecer en esta oscuridad; todas esas grandes figuras medio desnudas me dan miedo, parece que van á destacarse de la tapicería para venir á cogerme.

—¡Ah! no tengáis cuidado, que si se acercan á vos será para adoraros como á la diosa Venus, repuso Lanoue encendiendo las bujías de los candelabros.

Una vez encendidas, la joven quedó rodeada por aquella auréola de luces expuesta á las miradas del príncipe.

Vestida con un traje de finísima gasa, á través del cual se percibía la morbidez de sus formas y el sonrosado color de su cutis reflejándose la encantadora figura en la luna del espejo, la señorita de Saint-André estaba realmente seductora.

Tenía en la mano una rama de mirto en flor, que colocó entre sus cabellos á manera de diadema.

Sacerdotisa de Venus, acababa de adornarse con la flor sagrada.

Entonces sola, ó al menos creyéndose sola, en la estancia, se miró amorosamente en el espejo, arqueando con la yema de sus dedos sonrosados sus negras cejas, suaves como el terciopelo, y pasando la palma de la mano con cierta complacencia por el haz de oro de sus cabellos.

Vestida así y en una postura que destacaba poderosamente la elegancia de su talle, la joven, colocada delante del espejo, fresca como el agua del manantial, sonrosada como una nube de la mañana, serena como la virginidad, viva y joven como esas primeras plantas de la primavera que en su afán de vivir vencen las últimas nieves, parecía, como había dicho Lanoue, á la Venus Cytherea, pero á Venus á los catorce años, la mañana en que, de pie sobre la ribera y próxima á hacer su entrada en la corte celestial, se miraba una última vez en el espejo del mar, todavía agitado por su último contacto.

Después de haber arqueado sus cejas y alisado sus cabellos, hizo que sus facciones recobraran, por un momento de reposo, las tintas sonrosadas que una marcha inquieta y precipitada había acentuado notablemente, y la mirada de la joven abandonó la reproducción de su rostro que le ofrecía el espejo.

Sus ojos se inclinaron de su cuello á los hombros, pareciendo que buscaban su pecho, perdido entre ondas de vaporosos encajes como esas nubes que el primer soplo de la brisa desvanece en el cielo.

¡Qué hermosa estaba así, húmeda la mirada, encendidas las mejillas, entreabierto la boca y brillantes los dientes como un doble hilo de perlas en un estuche de corall!

Era la verdadera imagen de la voluptuosidad, y hubo un momento en que el príncipe, olvidando su coquetería, su odio, sus amenazas, estuvo á punto de salir de su escondite y arrojarse á sus pies diciendo:

—¡Por amor de Dios, ámame una hora siquiera y toma mi vida en cambio de esa hora de placer!

Dichosa ó desgraciadamente para él, porque no hemos pensado las ventajas ó los inconvenientes que hubiera obtenido de seguir aquella idea, la joven se dirigió hacia la puerta de la cámara diciendo, ó más bien murmurando con acento de dulcísima queja:

—¡Oh! querido mío, el amado de mi alma, ¡cuánto tardas! ¿Es qué no quieres venir?

Esta exclamación devolvió al príncipe toda su cólera, y la señorita de Saint-André le pareció de nuevo la criatura más despreciable de la tierra.

Carlota se dirigió á la ventana más próxima, separó las espesas cortinas y trató de abrir los cristales; pero como sus

manos eran demasiado delicadas y carecían de fuerza para semejante trabajo, se contentó con apoyar su cabeza en el cristal.

La sensación de frío que percibió la hizo entreabrir sus ojos, cargados de languidez, permaneciendo un instante como adormecidos, hasta que poco á poco comenzaron á distinguir los objetos, concluyendo por detenerse en un hombre envuelto en su capa que inmóvil permanecía de pie á la distancia de un tiro de piedra del Louvre.

La presencia de aquel hombre hizo sonreír á Carlota y es seguro que si el príncipe hubiera visto aquella sonrisa, adivinara desde luego el indigno pensamiento que la había inspirado; pero si no pudo ver aquella sonrisa escuchó estas palabras que se deslizaron por entre los labios de la joven:

—Es él.

Después, con un acento de ironía, continuó:

—Paseaos, querido señor príncipe de Condé, y que os pruebe bien el paseo.

Indudablemente la señorita de Saint-André tomaba el embozado por el príncipe.

Y este error era muy natural.

Carlota sabía perfectamente las visitas que el príncipe hacía de incógnito todas las noches ante sus ventanas, pero se hubiera guardado bien de decirle nada, porque hubiera sido demostrarle que desde hacía tres meses conocía su amor, del cual renegaba por completo.

Por eso creyó que era el príncipe la persona que acababa de ver á orillas del río, y estando allí, donde permanecería largo rato, no había temor de que se le encontrase en el Louvre.

Pero á nuestros lectores, que saben perfectamente que el príncipe no estaba dotado del don de la ubicuidad y no podía estar á la vez dentro y fuera, bajo la cama y á orillas del río, es inútil les digamos que el embozado que estaba mirando Carlota no era el príncipe.

Aquel hombre era nuestro hugonote de la víspera, nuestro escocés Roberto Stuart, que en vez de la respuesta que esperaba á su carta de la noche anterior, supo que los señores del Parlamento durante todo aquel día se habían ocupado del suplicio de Anne Dubourg, que tendría lugar al siguiente día ó al inmediato, y que había ido allí resuelto á arriesgar una segunda tentativa.

En el momento que Carlota dejaba vagar por sus labios aquella picaresca sonrisa, vió que el embozado sacaba el brazo por debajo de la capa y hacía un movimiento que ella tomó por una amenaza, alejándose precipitadamente.

Al mismo tiempo escuchó un ruido semejante al de la vispera, es decir, el de una vidriera rota.

—¡Ah! exclamó; ¡no era él!

Y las rosas de sus mejillas desaparecieron inmediatamente bajo las pálidas tintas de la azucena.

¡Oh! esta vez sí que se estremeció realmente, pero no de placer sino de espanto, y dejando caer el cortinaje de la ventana, agitada y vacilante fué á apoyarse en el respaldo del canapé sobre el cual algunos minutos antes estuviera tan lánguidamente reclinada.

Como la vispera, se había roto el vidrio de una de las ventanas de la habitación del mariscal de Saint-André.

Era distinta de la rota la noche anterior, pero formaba parte del mismo departamento.

Si, como la vispera, el mariscal, bien estuviera de pie ó acostado, se levantaba sobresaltado é iba á llamar á la habitación de su hija y no recibía respuesta, ¿qué podía suceder?

Ella estaba allí asustada, temblorosa, casi desvanecida, con gran sorpresa del príncipe, que había visto, sin poder adivinar la causa, el rápido cambio que se había operado en la joven. Pero aquel estado de postración no podía prolongarse mucho, y la joven iba á dirigirse hacia la puerta, cuando se abrió ésta y Lanoue entró precipitadamente.

Venía con el rostro tan descompuesto, que casi podía comparársele al de Carlota.

—Lanoue, la dijo ésta, ¿sabes lo que sucede?

—No, señorita, repuso la recién llegada sorprendida; pero necesario es que sea muy terrible, porque estáis pálida como una muerta.

—Efectivamente es muy terrible, tanto, que es preciso me conduzcas inmediatamente al lado de mi padre.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que sucedió ayer por la noche?

—¿Queréis hablar de la piedra donde estaba atado el papel que amenazaba al rey?

—Sí. Pues lo mismo acaba de suceder ahora. Un hombre,

el mismo sin duda á quien yo tomaba por el príncipe de Condé, como ayer acaba de arrojar una piedra y de romper un vidrio en una de las ventanas del mariscal.

—¿Y por eso tenéis miedo?

—¡Ya lo creo! Temo que mi padre llame á la puerta de mi estancia, y ya por desconfianza, ya por inquietud, al ver que no le respondo abra la puerta y se encuentre con la habitación vacía.

—¡Oh! pues si es eso lo que teméis, ya podéis estar tranquila.

—¿Por qué?

—Porque vuestro padre está en este momento en la cámara de la reina Catalina.

—¿En la cámara de la reina á semejante hora?

—¡Oh! señorita, es que ha sucedido una gran desgracia.

—¿Qué dices?

—Sus majestades han ido hoy de caza.

—¿Y qué?

—Que el caballo de la reina María Stuart ha dado un bote, Su majestad ha caído, y como está en cinta de tres meses se teme que la caída tenga consecuencias.

—¡Dios mío!

—Así es que toda la corte está de pie.

—¡Ya lo creo!

—Todas las damas de honor están en las antecámaras ó en las habitaciones de la reina madre.

—¿Y tú has venido á avisarme?

—He sabido la noticia, y en seguida he procurado asegurarme de la verdad.

—¿Es decir que le has visto?

—¿A quién?

—A él.

—Desde luego.

—¿Y qué ha dicho?

—Ya comprenderéis que la entrevista ha quedado aplazada, porque en momento semejante no puede ausentarse de allí.

—¿Y para cuándo está aplazada?

—Para mañana.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿A la misma hora?

—A la misma.

—Entonces vámonos corriendo, Lanoue.

—Voy; dejadme tiempo solamente para apagar las bujías.

—No parece sino que hay un mal genio que se complace en atormentarnos, dijo Carlota.

—Yo creo lo contrario, dijo Lanoue apagando la última bujía.

—¿Cómo lo contrario? preguntó desde el corredor la señorita de Saint-André.

—Ciertamente, porque este accidente os deja en libertad.

Y salió siguiendo á la señorita de Saint-André, perdiéndose muy pronto el rumor de los pasos de las dos jóvenes en las profundidades del corredor.

—Hasta mañana pues, dijo á su vez el príncipe saliendo de su escondite y franqueando el balaustre, tan ignorante del nombre de su rival como lo estaba la víspera. Hasta mañana, hasta pasado y todos los días si es necesario, porque juro por el alma de mi padre que llegaré hasta el fin.

Y él también abandonó la cámara de las Metamorfosis, siguió el corredor por el lado opuesto al que habían seguido las dos damas, y llegó hasta la puerta de palacio sin que nadie, en medio de la confusión que reinaba en el Louvre, le dijera una palabra.

X

LOS DOS ESCOCESSES

Roberto Stuart, á quien la señorita de Saint-André vió á través de los vidrios de la cámara de las Metamorfosis; Roberto Stuart, á quien la joven había tomado por el príncipe de Condé, después de haber arrojado la segunda piedra y por este medio una segunda carta para el rey, echó á correr como dijimos y desapareció.

Hasta el Chatelet no se detuvo, pero una vez que, llegado allí, comprendió que estaba á cubierto de toda persecución, pudo entrar tranquilamente en la casa de su amigo y compatriota Patrick.

Durante esta última parte de su viaje había encontrado dos ó tres *Tira-lanas*, nombre que se daba á una de las secciones en que estaban subdivididos los bandidos de París en aquella época, pero la vista de su espada y del pistolete colgado en su cintura les mantuvo á respetuosa distancia.

Una vez en la casa se acostó con la tranquilidad aparente que debía á su fuerza de voluntad; pero esta fuerza, por grande que fuera, no tenía poder para mandar al sueño, así fué que durante unas cuantas horas estuvo dando vueltas en la cama de su compatriota sin poder encontrar el reposo de que carecía hacía tres noches.

Únicamente al amanecer, el espíritu, vencido por la fatiga, pareció abandonar el cuerpo y permitir al sueño que ocupara momentáneamente su plaza. Y de tal modo el sueño, hermano de la muerte, se apoderó de aquel cuerpo, que pare-

cia, tan profundo era su letargo, un cuerpo al cual faltaba la vida.

Hasta la noche había esperado á su amigo Patrick, según quedaron la víspera; pero el arquero, detenido en el Louvre por su capitán, que había recibido orden de no dejar salir un solo hombre del palacio, y ya sabemos la causa de esta orden, el arquero, repetimos, no había podido aprovechar el traje de su amigo Roberto.

Éste á las siete de la noche se dirigió hacia el Louvre, donde supo las órdenes severas que se habían dado y la causa que las motivaba.

Después estuvo andando por las calles de París, oyendo versiones diferentes respecto al asesinato del presidente Minard, á quien aquella muerte había dado una celebridad que ningún acto de su vida le pudo conceder.

Roberto, á su vez, y bajo la fe del «he oído» ó «me han contado», daba detalles ciertos, como que él mejor que nadie podía darlos, respecto á aquella muerte, y excusado es decir que después de haberle escuchado casi ninguno de sus oyentes le daba crédito.

Y esto se comprende muy bien, porque el vulgo raras veces cree aquello que es verdadero.

Preguntando, adquiriendo y averiguando, Roberto supo en definitiva que el Parlamento había decidido que el suplicio tuviera lugar dentro de cuarenta y ocho horas.

Semejante decisión obligó á Stuart á tentar un nuevo esfuerzo, enviando nueva misiva, pero más apremiante, al rey.

Una vez terminado el servicio, su amigo Patrick regresó á su casa precipitadamente, y no encontró más medio para despertar á su compatriota del letárgico sueño en que estaba sumido, que gritar al oído de Roberto:

—¡Fuego!

Ni el ruido que hizo la puerta al cerrarse, ni el de los muebles que movía Patrick de uno á otro lado, ni mover á su amigo consiguieron despertarle, y por eso hubo de emplear aquel último medio tan enérgico.

Roberto despertó, más por lo estridente del grito que por el sentido verdadero, y creyendo que le iban á prender, echó mano á la espada que tenía al alcance de su mano, disponiéndose á la defensa.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamó Patrick soltando la carcajada;

parece que te despiertas batallador, querido Roberto. Calmate, vamos, y sobre todo, despierta que ya es hora.

—¿Eres tú, Patrick? dijo Stuart.

—Sí, hombre; yo soy. Buen modo tienes de pagarme el que te haya dejado mi habitación, queriéndome matar.

—Estaba durmiendo, ya lo has visto.

—Eso es lo que me sorprende, que estuvieses dormido á la hora que es.

Y Patrick se dirigió á la ventana y descorrió la cortina.

—Mira, mira, dijo á su amigo.

El sol penetró en la estancia.

—¿Qué hora es? preguntó Roberto.

—Las diez han dado en todas las iglesias de París.

—Te esperé ayer todo el día y hasta puedo decir toda la noche.

Patrick se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? repuso. Un soldado no es más ni menos que un soldado, que ha de hacer lo que le mandan. Todo el día y toda la noche hemos permanecido en el Louvre; pero hoy, hoy, ya lo ves, estoy libre.

—Lo que quiere decir que vienes á pedirme tu habitación.

—No; vengo á pedirte el traje.

—¡Ah! Es verdad. Ya me había olvidado de tu consejera.

—Dichosamente ella no me olvida, y lo prueba este pastel de liebre que hay sobre la mesa y que sólo espera que le hagamos los honores. ¿Tienes apetito? Yo puedo asegurarte que le tengo hace dos horas devorador. Así es que he venido volando.

—¿Para ponerte mi traje?

—Es justo.

—¿De manera que entonces sobro yo aquí?

—No, hombre; ya comprenderás que mi consejera no va á venir de punta en blanco á subir hasta este palomar. El pastel no ha sido más que un mensajero portador de una carta en la que me dice me espera á las doce, hora en la cual el consejero se marcha al Parlamento, de donde no regresa hasta las cuatro. Por manera que á las doce y cinco minutos estaré en su casa y la recompensaré cumplidamente su cariño presentándome con un traje que no pueda comprometerla. Esto si tú estás en las mismas disposiciones respecto á tu amigo.

—Mi traje está á tu disposición, querido Patrick. Ahí le

tienes sobre esa silla esperando su propietario. Dame el tuyo y dispón como quieras del mío.

—Está bien; pero por ahora vamos á sostener una conversación un poco animada con este pastel; no tienes necesidad de levantarte para mezclarte en la conversación; acercaré la mesa á la cama. ¿Eh? ¿está bien así?

—Perfectamente, repuso Roberto después que su amigo aproximó la mesa.

—Toma mi puñal, dijo Patrick entregando el suyo á su amigo, y mientras que yo voy á buscar algo con que remojarlo, mira á ver en las entrañas de ese pastel si mi consejera es ó no mujer de gusto.

Roberto obedeció con la misma puntualidad que hubiera podido hacerlo un arquero escocés á las órdenes de su capitán, y cuando Patrick regresó acariciando con sus dos manos el redondo vientre de una vasija llena de vino, encontró la tapa del edificio gastronómico completamente arrancada.

—¡Por san Dunstán! exclamó; ¡valiente pastel! ¡una liebre en medio de seis perdigones! ¡Qué hermoso país aquel donde el pelo y la pluma viven en tan dulce inteligencia! ¿No le llama Messire Rabelais el *país de la Cucaña*? ¡Eh! Roberto, amigo mío, sigue mi ejemplo, échate una querida como la mía en lugar de enamorarte de una mujer digna y hermosa, y no tendrás necesidad de ver en un sueño siete vacas gordas como el Faraón para predecirte la doble abundancia de bienes del cielo y de la tierra. Aprovechémonos, querido Stuart, ó no seríamos dignos de haberlos obtenido.

Y uniendo el ejemplo al precepto, el arquero se sentó á la mesa y puso en su plato una primera ración que hacía honor á la vanguardia de su apetito, como él decía.

Roberto comió también, porque á los veintidós años se come siempre, sean las que quieran las preocupaciones del espíritu.

Lo único que hizo fué comer más silenciosamente que su amigo.

Este, con la idea de que iba á ver á su consejera, hablaba comía y reía por los dos.

Cuando dieron las once y media, Patrick se levantó de la mesa, trituroó entre sus dientes blancos como los del lobo de la montaña, un último pedazo de pastel, lo remojó con un postrer vaso de vino y empezó á vestir el traje de su amigo.

Así vestido, tenía ese aire extraño que todavía tienen los

militares de nuestros días cuando cambian el uniforme por el traje de paisano.

El uniforme presta siempre al rostro y al aspecto del militar, algo especial que le denuncia siempre en cualquier sitio que se encuentre ó bajo cualquier traje que se presente.

El arquero, vestido con el traje de su amigo, era un hermoso caballero con los ojos azules, los cabellos rubios y la expresión viva y animada.

Cuando se miró en un fragmento de espejo, parecía decirse:

—Lo que es si mi consejera no está contenta, será bien difícil de contentar.

Sin embargo, ya fuera desconfianza de sí mismo, ya deseo de ver si Roberto era de su opinión, se volvió hacia él diciéndole:

—¿Cómo me encuentras?

—Perfectamente bien, y estoy seguro que producirás gran impresión en tu amada.

Si era esto lo que deseaba Patrick, había quedado servido á maravilla.

Tendió su mano á Roberto y le dijo:

—Me marcho, voy á tranquilizar á mi consejera, que debe estar con las ansias de la muerte; ¡pobre mujer! figúrate que hace dos días que ni me ve, ni tiene noticias mías. ¡Conque, hasta la vista!

Y se dirigió á la puerta, pero al llegar á ella se detuvo.

—Se me olvidaba decirte, exclamó, que mi uniforme no te condena á permanecer aquí. Tú no estás condenado á estar encerrado en este palomar como yo lo estuve ayer en el Louvre; puedes circular libremente por la ciudad á la luz del sol, y lo único que te encargo es que no te comprometas en ninguna querrela. Y te hago esta recomendación por dos razones: la primera, porque te arrestarían, te conducirían al Chatelet y allí serías reconocido; la segunda, porque yo, tu inocente amigo, sería castigado por haberme desprendido de mi uniforme. Así es que, con tal no hagas lo que te he dicho, eres libre de ir donde te dé la gana.

—No tienes nada que temer por ese lado, Patrick, ya sabes que no tengo el carácter pendenciero.

—¡Yal! ¡yal! repuso el arquero moviendo la cabeza; no me fiaría yo mucho. Eres escocés y debes tener, como todo hom-

bre nacido más allá de la Tweed, horas en que no te se puede mirar de reojo. Por supuesto, que yo no hago más que darte un consejo. No busques querella, pero si te la buscan no la rehuses; se trata de sostener el honor del uniforme, y si no matas á tiempo, tienes al costado una claymora y un dirk que salen ellos mismos de la vaina.

—Estate tranquilo, Patrick; aquí me encontrarás como me has dejado.

—No, no; es que no quiero que te aburras; y te morirías de consunción en este cuarto, cuya vista no es desagradable por la noche, porque no se ve nada; pero de día no se ven más que los tejados y los campanarios, y eso cuando el humo ó la niebla no impiden verlos.

—También llueve siempre en nuestra patria, dijo Roberto.

—¡Oh! pero cuando nieva es mucho mejor.

Y satisfecho Patrick por haber rehabilitado la Escocia bajo el punto de vista atmosférico, se decidió á salir, pero de nuevo volvió á abrir la puerta, diciendo:

—No hagas caso de nada de cuanto te he dicho, que ha sido para distraerte. Sal, vuelve, corre, disputa, bátete con tal de que no te hagan ningún agujero en la piel, y por consecuencia, en mi colete; pero, querido amigo, tengo una recomendación muy seria que hacerte, una sola, pero medítala profundamente.

—¿Cuál es?

—En vista de la gravedad de las circunstancias y de las amenazas que cuatro tontos se permiten hacer al rey, estoy obligado á encontrarme en el Louvre á las ocho, porque esta noche se ha adelantado una hora la llamada.

—Aquí me encontrarás á tu regreso.

—Entonces, que Dios te guarde.

—Y que te acompañe el placer.

—Es inútil, dijo el arquero haciendo un gesto de enamorado vencedor; el placer está esperándome.

Y esta vez salió ligero y orgulloso como el más noble caballero de la corte.

El pobre soldado escocés era en este momento más feliz que el hermano del rey de Navarra, el joven y hermoso Luis de Condé.

Pronto sabremos lo que hacía éste, pero entretanto, permanezcamos algunos instantes más en compañía de Roberto.

Como había dicho á su amigo, hasta después de las cuatro no tenía nada que hacer, y le estuvo esperando.

De cuatro á cinco esperaba todavía, pero con alguna impaciencia.

Era la hora en que pensaba dirigirse á la puerta del Parlamento para obtener noticias, no precisamente de la condena del consejero Dubourg, sino de la decisión tomada respecto al lugar de su suplicio.

A las cinco y media no pudo detenerse más y salió á su vez dejando á Patrick escritas dos líneas, diciéndole que estuviera tranquilo y que á las siete le llevaría el uniforme.

Anochece ya cuando salió Roberto y se dirigió corriendo á las puertas del palacio.

Una multitud inmensa llenaba la plaza; la sesión duraba todavía.

Esto le explicaba la ausencia de su amigo Patrick, pero no le decía nada respecto á lo que se debatía en el interior.

A las seis se separaron los consejeros.

Las noticias que adquirió Roberto no podían ser peores.

El consejero moriría en la hoguera, pero no se sabía si esta ejecución había de tener lugar el inmediato día ó en los dos siguientes, ó sea el 22, 23 y 24 de diciembre.

Quizás se retrasara algunos días para que la pobre reina María Stuart, que se había herido el día anterior en la caza, pudiera asistir á la ejecución; pero si la indisposición era leve, no se retrasaría.

Roberto abandonó la plaza de Palacio para dirigirse á su casa, cuando á lo lejos vió un arquero escocés que, adelantándose á la hora de la llamada, se dirigía al Louvre.

Entonces tuvo una idea, la de entrar él también y adquirir noticias exactas respecto á la joven reina, cuya salud debía tener tan terrible influencia en la vida del condenado.

Tenía cerca de dos horas delante de sí, y se dirigió al Louvre, donde no encontró dificultad alguna para entrar.

Apenas había llegado, se anunció á un enviado del Parlamento que deseaba hablar al rey en nombre del ilustre cuerpo de que era embajador.

Se llamó á Dandelot, éste fué á recibir órdenes del rey, y diez minutos después él mismo introducía al consejero en la cámara real.

Roberto Stuart comprendió que con un poco de paciencia sabría lo que descaba,

Cerca de una hora permaneció el consejero con el rey, y Roberto, que tanto había esperado, resolvió permanecer allí hasta el fin.

Cuando salió el consejero, Dandelot, que le acompañaba, tenía el aspecto triste, y más que triste sombrío.

Pronunció en voz baja algunas palabras al oído del capitán de la guardia escocesa, palabras que indudablemente se relacionaban con la embajada del consejero, y se retiró.

—Señores, dijo el capitán de la guardia escocesa á sus hombres, os prevengo que pasado mañana hay servicio extraordinario para la ejecución, en Greve, del consejero Anne Dubourg.

Roberto Stuart sabía lo que necesitaba; así fué que rápidamente dió algunos pasos hacia la puerta. Pero sin duda reflexionó, porque se detuvo de repente, y, tras algunos minutos de meditación profunda, volvió á confundirse con sus compañeros, cosa muy fácil, dado el número de hombres y la osuridad de la noche.

XI

LO QUE PUEDE PASAR BAJO UNA CAMA

Al entrar en la sala de las Metamorfosis el príncipe de Condé, recordaremos que dió á Dandelot cita en casa de su hermano el almirante para el siguiente día á las doce.

Tan impaciente estaba el príncipe por contar los acontecimientos de la noche anterior á Coligny, y sobre todo á Dandelot, más joven y menos grave que su hermano, que se presentó en la calle Bethisy antes de la hora indicada.

Dandelot había llegado antes, y la fantasía amorosa de la señorita de Saint-André había sido tratada de un modo más serio entre los dos hermanos que lo fué entre el príncipe y Dandelot.

La alianza del mariscal de Saint-André con los Guisas era no solamente una alianza de familia con familia, sino una liga religiosa y política formada contra el partido calvinista, y el procedimiento empleado con el consejero Dubourg demostraba la predisposición que había contra los de la religión reformada.

Los dos hermanos se habían sorprendido al ver el billete de la señorita de Saint-André, y buscaban entre sus recuerdos por si reconocían la letra con que estaba escrito; mas ante la inutilidad de sus esfuerzos, lo enviaron á la esposa del almirante, que estaba encerrada en sus habitaciones, entregada á los deberes religiosos, para ver si, más afortunada que ellos, podía adivinar la mano que había escrito aquello.

En cualquier otra circunstancia, Dandelot, y sobre todo Coligny, se hubieran opuesto á que su primo, el príncipe de Condé, diera publicidad á aquella loca aventura; pero aun los corazones más honrados tienen ciertas capitulaciones de conciencia á las cuales se creen obligados á ceder en las circunstancias extremas.

Para el partido calvinista era muy importante que M. de Joinville no se casara con la señorita de Saint-André, y á menos que la cita de ésta no fuese con el príncipe, lo que no era probable, suponiendo que Condé hubiese visto algo, haría tanto ruido, que éste llegaría á oídos de los Guisas y como consecuencia natural sobrevendría la ruptura.

Había más; de aquella indiscreción del príncipe surgiría, según toda probabilidad, algún cambio en él, pues Condé, vacilando entre la religión católica y la calvinista, atraído por Coligny y Dandelot, era muy posible que se hiciera protestante.

Hay ocasiones en que para un partido vale más un hombre que una victoria, y el príncipe era un hombre victorioso.

Así era que se le esperaba en la casa de Coligny con una impaciencia que él mismo no se podía figurar.

Como hemos dicho, llegó antes de la hora indicada é invitado por los dos hermanos para hacer una confesión general, comenzó su relato sin ocultarles nada de lo que le había sucedido.

Todo lo refirió sin omitir ni aun el detalle de aquella posición en que había visto y oído todo lo que contaba.

Como hombre de talento empezó por reirse de sí mismo á fin de llevar la delantera á los demás, evitando que, al verle á él burlarse, tuvieran ya la idea de hacerlo.

—Y ahora, preguntó el almirante cuando el príncipe hubo concluido, ¿qué pensáis hacer?

—Toma, dijo Condé, una cosa bien sencilla y para la cual cuento más que nunca con vos, mi querido Dandelot; renovar mi expedición.

Los dos hermanos se miraron.

El príncipe pensaba como ellos, pero sin embargo Coligny creyó de su deber hacer algunas objeciones.

Pero á la primera palabra que pronunció para disuadirle, dijo el príncipe:

—Mi querido almirante, si no opináis como yo sobre este

punto, hablemos de otra cosa, porque estoy resuelto á hacer lo que he dicho y me costaría mucho discutir con la persona á quien amo y á quien respeto más en el mundo, que sois vos.

Inclinóse el almirante como hombre que respeta una resolución que se siente impotente para combatir, pero encantado en su interior de la persistencia de su primo.

Quedaron convenidos que aquella noche, como la anterior, Dandelot facilitaría á su primo los medios para entrar en la sala, para cuyo efecto debía estar el príncipe á las doce menos cuarto en palacio, comunicándole el santo y seña para que no se le detuviese.

Conformes en todo, Condé pidió el billete de la señorita de Saint-André, y el almirante le dijo que se había enviado á su esposa para que viese si recordaba la letra, pero que estaba entregada á sus devociones y no se la podía interrumpir.

Dandelot quedó encargado de recoger de su cuñada el billete cuando ésta fuese por la noche á la cámara de la reina Catalina, para cuyo efecto el almirante se lo diría.

Arreglado todo esto, Dandelot se dirigió á palacio y el príncipe á su casa.

El resto del día lo pasó tan impaciente como el anterior.

Las horas fueron transcurriendo hasta que se aproximó la convenida para encontrarse con Dandelot.

Por lo que había sabido Roberto en palacio, pueden comprenderse las preocupaciones de la noche en el regio alcázar.

No se hablaba de otra cosa que de la ejecución de Dubourg, fijada por el mismo rey para dos días después.

El príncipe encontró á su primo profundamente afligido; pero como esta ejecución demostraba de un modo patente el crédito y la influencia del duque de Guisa, perseguidor implacable del consejero Dubourg, Dandelot deseaba ardientemente conocer la mistificación de que estaba amenazado Joinville y de arrojar sobre éste todo el ridículo que debía resultar cuando fuese conocido el suceso de la cámara de las Metamorfosis, que había de caer como una bomba en medio del sangriento triunfo de sus enemigos.

Como la víspera, el corredor estaba oscuro, la cámara de las Metamorfosis iluminada por la lámpara de plata, el tocador preparado y los candelabros dispuestos para ilumi-

nar de nuevo los mismos encantos que alumbraron la vispera.

Únicamente que esta vez la balaustrada de la alcoba estaba abierta, lo que demostraba que la cita debía tener lugar aquella noche.

Y como el príncipe creyó oír pasos en el corredor, se deslizó rápidamente bajo la cama sin tomarse la pena de hacer las reflexiones de la vispera, lo que prueba que uno se acostumbra á todo, hasta á ocultarse bajo las camas.

El príncipe no se había engañado: era rumor de pasos el que había percibido en el corredor, y estos pasos buscaban la cámara de las Metamorfosis, porque le pareció escuchar el ligero ruido de una puerta que giraba bajo sus goznes.

—Vamos, dijo, nuestros enamorados se han dado más prisa que ayer, y esto se comprende perfectamente porque hace veinticuatro horas que no se han visto.

Los pasos se aproximaban con la precaución de una persona que entra furtivamente.

El príncipe sacó un poco la cabeza, y vió las piernas desnudas de un arquero de la guardia escocesa.

—¡Oh! ¿qué quiere decir esto? exclamó.

Y trató de ver mejor, y tras de las piernas vió el cuerpo.

No se había engañado. Era un arquero de la guardia escocesa el que acababa de entrar.

El recién llegado estaba como aturdido, como él mismo había estado la vispera, y, al igual que el príncipe, observó los cortinajes y los tapices de las mesas; pero sin duda todo esto no le proporcionaba un asilo seguro, porque se acercó al lecho, y juzgando bueno sin duda el escondite, se deslizó por debajo, por el lado opuesto al que M. de Condé ocupaba.

Únicamente que antes que el escocés hubiera tenido tiempo de colocarse bien, sintió la punta de un puñal apoyarse en su corazón, mientras que una voz le decía al oído:

—No sé quién sois ni qué objeto os trae aquí, pero ni una palabra, ni un movimiento, ó sois muerto.

—Yo no sé quién sois ni qué objeto os trae aquí, respondió también por lo bajo el recién venido, pero no acepto condiciones de nadie. Hundid vuestro puñal si así os conviene; está bien colocado; no temo morir.

—¡Hola! dijo el príncipe. Parecéis un valiente, y los valientes siempre fueron bien recibidos por mí. Soy el príncipe de Condé, caballero, y vuelvo mi puñal á su sitio.

Espero merecer de vos la misma confianza y que me digáis quién sois.

—Soy escocés, monseñor, y me llamo Roberto Stuart.

—No conozco ese nombre.

El escocés se calló.

—¿Queréis decirme, prosiguió el príncipe, con qué objeto vinisteis á esta cámara y con qué intención os habéis ocultado bajo esta cama?

—Vos me habéis dado el ejemplo de confianza, monseñor, y espero que continuéis dispensándome la dición con qué intención estáis aquí.

—Es la cosa más fácil, repuso el príncipe colocándose lo más cómodamente posible; estoy enamorado de la señorita de Saint-André.

—¿La hija del mariscal? dijo el escocés.

—Justamente. Habiendo sabido indirectamente que ella tenía una cita aquí con un amante, he sentido la culpable curiosidad de querer conocer al dichoso mortal que disfruta de las buenas gracias de la honrada señorita, y me he deslizado bajo este lecho, donde no me encuentro muy bien, os lo aseguro. Ahora, á vuestra vez, podéis hablar.

—Monseñor, no quiero que se diga nunca que un desconocido tiene menos confianza en un príncipe que éste ha tenido con aquél. Ayer y antes de ayer he escrito al rey.

—¡Ah! ¡demonio! ¿Conque sois vos quien ha enviado esas cartas sirviéndoos de correo las ventanas del mariscal de Saint-André?

—Yo mismo.

—Pero entonces...

—¿Qué, monseñor?

—Si no recuerdo mal, en esa carta, en la primera al menos, amenazabais al rey.

—Cierto, monseñor, le amenazaba si no ponía en libertad al consejero Dubourg.

—Y para hacer vuestra amenaza más seria, creo que decíais que habíais muerto al presidente Minard, dijo el príncipe asombrado de encontrarse junto á un hombre que había escrito una carta semejante.

—Efectivamente, monseñor; yo he muerto al presidente, respondió el escocés sin que se advirtiera la menor alteración en su voz.

—¿Y pretenderíais ejercer alguna violencia respecto al rey?

—Con ese objeto estoy aquí.

—¡Con ese objeto! gritó el príncipe, olvidando el sitio en que se hallaba y el peligro que corría si era escuchado.

—Sí, monseñor. Pero permítame Vuestra alteza le haga observar que habla bastante alto y nuestra posición reciproca nos impone la obligación de hablar bajo.

—Tenéis razón, dijo el príncipe, hablemos bajo ya que estamos ocupándonos de cosas que suenan muy mal en un palacio como el Louvre.

Y bajando la voz, continuó:

—Suerte ha tenido Su majestad de que yo me encontrase aquí viniendo por otro asunto.

—¿Entonces tratáis de oponeros á mi proyecto?

—¡Ya lo creo! ¡Sin duda que consentiré en que ofendáis al rey para salvar á un consejero de la hoguera!

—Ese consejero, monseñor, es el hombre más honrado del mundo.

—No importa.

—Ese consejero, monseñor, ¡es mi padre!

—¡Ah! eso es otra cosa. Pues bien, dicha ha sido, no para el rey, sino para vos, que os haya encontrado.

—¿Por qué?

—Vais á saberlo.

Y se detuvo como escuchando.

—Perdonad, dijo, pero me ha parecido escuchar... Mas no, me engañaba... ¿Me preguntabais por qué era una suerte que yo os hubiese encontrado?

—Sí, monseñor.

—Voy á decíroslo; pero antes de todo habéis de jurarme por vuestro honor no hacer tentativa alguna contra el rey.

—No puedo prestar ese juramento.

—Pero si yo os empeño mi palabra de príncipe de obtener la gracia del consejero...

—¿Qué vos me empeñáis vuestra palabra, monseñor?

—Sí.

—Entonces yo diré como vos: eso ya es otra cosa.

—Pues bien, haré lo posible para salvar á M. Dubourg.

—Y si el rey os concede esa gracia, el rey será sagrado para mí.

—Dos hombres de honor no tienen necesidad más que de cambiar una palabra. La nuestra está cambiada ya. Hablemos de otra cosa.

—Creo, monseñor, que valdrá más que no hablemos de nada.

—Habéis escuchado algo.

—No, pero de un momento á otro...

—Ya nos dejarán tiempo para que me digáis cómo estáis aquí.

—Es muy sencillo, señor; he entrado en el Louvre merced á este disfraz.

—¿Luego entonces no sois arquero?

—No, monseñor; he tomado el traje de uno de mis amigos.

—¡Pues sí que le habéis hecho favor!

—Hubiese declarado que este traje le había sido sustraído.

—¿Y si os hubiesen muerto antes de que hubierais podido prestar esa declaración?

—Se habría encontrado en mi bolsillo un papel donde está declarada su inocencia.

—Vamos, veo que sois un hombre de orden. Pero todo eso no me explica cómo habéis penetrado hasta aquí, ni cómo os habéis metido bajo esta cama, cuando estoy seguro que el rey no entra en esta sala cuatro veces al año.

—Porque Su majestad ha de venir aquí esta noche, monseñor.

—¿Qué decís? exclamó el príncipe sorprendido.

—Lo que estáis oyendo.

—Pero ¿estáis seguro?

—Sí, monseñor.

—¿Y cómo habéis adquirido esa seguridad?

—Hace poco estaba en un corredor.

—¿En cuál?

—No le conozco, porque es la primera vez que entro en el Louvre.

—¡Demonio! pues no os portáis mal para ser la primera vez. Decíamos que estabais en un corredor, ¿no es esto?

—Sí, señor, oculto tras el cortinaje de una puerta que daba á una cámara completamente oscura. Á corta distancia mía me pareció que hablaban en voz baja; presté atención, y comprendí que eran dos mujeres las que hablaban.

—¿Qué decían?

—De modo que esta noche... decía una.

—Sí, señorita, contestó la otra.

—¿En la sala de las Metamorfosis?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

«—Sí. A la una en punto, estará allí el rey. Voy á poner la llave.»

—¿Habéis escuchado eso? exclamó el príncipe con acento formidable olvidándose del lugar en que estaba.

—Como os lo digo. Si no hubiera sido por eso, ¿á qué habría yo venido aquí?

—Es verdad, murmuró el príncipe; añadiendo despues con voz sorda: ¿si será el rey?

—¿Qué decíais, monseñor? preguntó el escocés creyendo que se dirigían á él las palabras pronunciadas por su interlocutor.

—¿Y cómo habéis podido encontrar esta habitación, preguntó el príncipe desentendiéndose de la anterior pregunta, cuando, según habéis dicho, no conocíais el Louvre?

—He seguido con la vista á la que decía que iba á poner la llave en la puerta; ha cumplido su encargo, ha continuado su camino, y ha desaparecido por el extremo del corredor. Entonces me he atrevido á mi vez, cuando me ha parecido percibir rumor de pasos que se aproximaban. He vuelto á ocultarme detrás de mi tapicería, y en medio de la oscuridad he visto que pasaba un caballero, que se detenía un momento delante de la puerta de esta sala, y que entraba por fin. He creído que era el rey, y encomendando mi alma á Dios he seguido el camino que la dama y él me habían trazado. He encontrado, no solamente la llave en la puerta, sino que ésta estaba entornada, he entrado aquí, y no viendo á nadie he supuesto si habría sido víctima de una alucinación ó que la persona de quien se trataba habría entrado en alguna habitación inmediata. Entonces he buscado algún sitio donde ocultarme, he visto esta cama y ya sabéis todo lo demás.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Silencio, monseñor, dijo el escocés.

—¿Qué hay?

—Que ahora sí que viene alguien.

—Tengo vuestra palabra, caballero.

—Y yo la vuestra, monseñor.

Las manos de los dos hombres se tocaron.

Un paso ligerísimo, la pisada de una mujer se apoyó tímidamente en la alfombra.

—La señorita de Saint-André, dijo el príncipe con voz apenas perceptible. Aquí, á mi izquierda.

En aquel momento abrióse una puerta en el otro extremo de la cámara, y un joven, casi un niño, entró.

—El rey, dijo el escocés, allí, á la derecha.

—¡Demonio! murmuró el príncipe, he aquí el que yo menos me podía imaginar.

XII

LOS POETAS DE LA REINA MADRE

El departamento que Catalina de Médicis ocupaba en el Louvre, tapizado de oscuros colores y rodeado de esculturas en armonía con aquella misma tapicería, el traje de luto que como viuda de algunos meses llevaba y que usó toda su vida, producían á primera vista una penosa impresión.

Pero no había más que alzar la vista por encima del dosel bajo el cual estaba sentada, para comprender que aquella cámara no era una necrópolis.

Efectivamente, por encima de aquel dosel se destacaba un arco iris rodeado de una divisa griega que podía traducirse por esta frase: «Yo soy la luz y la serenidad».

Y como si este arco iris, especie de puente tendido entre el pasado y el porvenir, entre un duelo y una fiesta, no hubiera sido suficiente para tranquilizar al hombre que de repente penetrara en aquel aposento, no tenía más que inclinar la vista bajo el dosel y encontrarse, rodeada de las siete mujeres hermosísimas á quienes se apellidaba la pléyade real, la verdaderamente hermosa criatura sentada en el sillón, que tenía por nombre Catalina de Médicis.

Había nacido en 1519, y la hija de Lorenzo aun no había cumplido los cuarenta años, y si el color de su traje revelaba la muerte en toda su fría rigidez, sus ojos vivos, penetrantes, brillando con un resplandor sobrenatural, revelaban la vida en toda su fuerza y en toda su hermosura.

Por otra parte, la marfilada blancura de su frente, la

morbidez de su cutis, la pureza, la nobleza y la severidad de líneas de su rostro, la altivez de su mirada, la inmovilidad de su fisonomía, en oposición con la movilidad de sus ojos, todo hacía de aquella cabeza el busto de una emperatriz romana, y vista de perfil, fija la mirada é inmóviles los labios, se la hubiera podido tomar por un camaféo antiguo.

En aquel momento, su frente, sombría habitualmente, acababa de esclarecerse; sus labios, inmóviles de ordinario, se entreabrieron y se agitaron, y cuando la esposa del almirante de Coligny entró en la regia estancia, no pudo menos de sorprenderse al ver la sonrisa de aquella reina que sonreía tan poco.

Pero no tardó en adivinar qué soplo de viento había hecho entreabrir aquellos labios.

Cerca de la reina estaba monseñor el cardenal de Lorena, arzobispo de Reims y de Narbona, obispo de Metz, de Toul y de Verdum, de Therouanne, de Luçon, de Valence, abad de Saint-Denis, de Fecamp, de Cluny, de Marmoutiers, etc., etc.

El cardenal de Lorena, de quien nos hemos ocupado casi tantas veces como de la reina Catalina dada la importancia que tiene en la historia de fines del siglo XVI, era segundo hijo del primer duque de Guisa y hermano del *Acuchillado*. Sobre él habíanse ido acumulando todas las gracias eclesiásticas conocidas y desconocidas en Francia, y cuando estuvo en Roma enviado en 1548, produjo una sensación tal por su juventud, su hermosura, su gracia, su majestuoso aspecto, un magnífico tren, sus maneras distinguidas, su talento, su amor á la ciencia, dones todos recibidos de la naturaleza y perfeccionados por la educación, que el pontífice Pablo III le concedió la púrpura romana un año después.

Nacido en 1525, en la época que hablamos tenía treinta y cuatro años; era un caballero pródigo y magnífico, soberbio y liberal, repitiendo con su comadre Catalina, cuando se le reprochaba por el despilfarro de la hacienda:

—Es necesario alabar á Dios constantemente, pero también es menester vivir.

Su comadre Catalina, pues que le hemos dado este nombre familiar, era efectivamente su comadre en toda la acepción de la palabra. Catalina no daba un paso sin con-

sultar con el cardenal de Lorena, y esta intimidad se explica por el dominio que el cardenal ejercía sobre el espíritu de la reina madre, comprendiéndose así el poder ilimitado, absoluto de la casa de Lorena sobre la corte de Francia.

Al ver al cardenal de Lorena apoyado en el sillón de Catalina, la esposa del almirante se explicó la sonrisa de la reina madre. Sin duda el cardenal acababa de decir alguna cosa con aquella intención satírica que poseía en tan alto grado.

Los demás personajes que rodeaban á la reina madre eran: Francisco de Guisa y el príncipe de Joinville, su hijo, prometido esposo de la señorita de Saint-André; el mariscal de este mismo nombre, el príncipe de Montpensier y su mujer Jacquelina de Hungría, tan celebre por el favor de que disfrutaba con Catalina, y el príncipe de La Rochesur-Yon.

Detrás de ellos estaban el señor de Bourdeilles (Bran-tome); Ronsard; Baif, «tan honrado como mal poeta», según dice el cardenal Duperron-Daurat, pero «buen talento y Píndaro de Francia», como dicen sus contemporáneos.

También estaba Remí Belleau, poco conocido por la mala traducción de *Anacreón* y su poema sobre la diversidad de las piedras preciosas, pero célebre por su famosa canción sobre el mes de abril; Pontus de Thiard, matemático, filósofo, teólogo y poeta, y el que introdujo los sonetos en Francia; Jodelle, autor de *Cleopatra*, primera tragedia francesa á quien Dios perdone en el cielo como nosotros perdonamos sobre la tierra, autor de *Dido*, la segunda tragedia, de la comedia *Eugenio*, y de una multitud de sonetos, canciones, odas y elegías, muy en boga en aquel tiempo, si bien desconocidas en el nuestro; faltando en aquella pléyade Clemente Marot, muerto en 1544, y Joaquín de Bellay, llamado por Margarita de Navarra el Ovidio francés.

Lo que reunía aquella noche en la cámara de la reina todas aquellas personas que generalmente hacían pocos esfuerzos por encontrarse frente á frente, era el accidente ocurrido á la joven reina María Stuart.

Este era al menos el pretexto que cada uno había tomado, porque á decir verdad mucha era la belleza, la juventud, la gracia y el talento de la joven reina, pero todo esto palidecía para ellos ante la majestad y el poder de la reina madre.

Así fué que, después de algunas frases convencionales deplorando el acontecimiento que podía tener tan fatales consecuencias para el porvenir como era la pérdida de un heredero para la corona, fué olvidándose la causa de la visita para no acordarse sino de las gracias, favores ó beneficios que cada uno podía apetecer para sí ó para los suyos.

Se habló también de las cartas amenazadoras enviadas al rey de Francia por medio de las ventanas del mariscal de Saint-André, pero esta conversación pareció no encerrar gran interés, y fué decayendo por sí misma.

A la llegada de la esposa del almirante, todos los semblantes que sonreían se tornaron graves y severos, y la animada conversación que estaba sosteniéndose se transformó en fría y seria.

Hubiérase dicho que había llegado un enemigo en un campo de aliados.

Y efectivamente, por su rigidez religiosa hacía sombra la esposa del almirante Coligny á las siete estrellas que rodeaban á Catalina.

Como las siete hijas de Atlas, estas brillantes constelaciones se sentían mal ante aquella inquebrantable virtud que por tantos medios se había procurado combatir y que hubo necesidad de calumniar ya que no se la pudo vencer.

La noble dama, en medio de aquel silencio tan significativo y en el cual no aparentó fijarse, fué á besar la mano de la reina y tomó asiento en un taburete entre el príncipe de Joinville y el de La Roche-sur-Yon.

—Vamos, señores del Parnaso, dijo Catalina después que aquella se sentó, ¿no tenéis ninguna canción nueva que recitar, ningún terceto, ni ningún buen epigrama? Veamos, maestro Ronsard, *monsu* Jodelle, *monsu* Remí Belleau, á vosotros os toca sostener la conversación. ¡Gran mérito tendría haber reunido en mi cámara pájaros tan bellos si estos pájaros no cantan! M. Pierre de Bourdeilles, ya que no queréis alegrarnos con un cuento encantador, distraednos con alguna bella poesía.

La reina decía estas palabras con aquella pronunciación semi francesa, semi italiana, que daba un encanto tan picante á su conversación cuando estaba alegre y satisfecha; pero que, sin embargo, como la lengua de Dante, tomaba un acento tan terrible cuando aquella misma conversación se ennegrecía.

Y como la mirada de Catalina estaba fija en Ronsard, éste fué el que se adelantó, diciendo:

—Graciosa reina, todo cuanto hice ya lo conoce Vuestra majestad, y respecto á lo que desconoce no me atrevo á hacérselo conocer.

—¿Por qué, maestro? preguntó Catalina.

—Porque son versos de amor hechos para las calles, y no son dignas las amorosas canciones de los pastores de Guido y de Cytherea de que las oiga Vuestra majestad.

—¡Bah! dijo Catalina, ¿acaso no soy del país de Petrarca y de Bocaccio? Decid, decid, maestro Pedro, si es que la señora del almirante lo permite.

—La reina es reina aquí como en todas partes, respondió la dama inclinándose; ella es quien da sus órdenes y sus órdenes son obedecidas.

—Ya lo veis, maestro, repuso Catalina, tenéis licencia completa. Hablad, que os escuchamos.

Ronsard dió un paso hacia adelante, acarició con su mano la blonda barba, alzó los ojos al cielo llenos de dulce gravedad como para pedirle memoria ó buscando inspiración, y con una voz armoniosa recitó una canción de amor que envidiaría más de uno de nuestros poetas contemporáneos.

Después de él, Remí Belleau recitó, á instancias de la reina, una composición á la muerte de una tórtola, que era una especie de indirecta á la esposa del almirante Coligny, acusada por las malas lenguas de la corte de una tierna inclinación hacia el mariscal de Strozzi, muerto de un mosquetazo el año anterior en el sitio de Thionville.

La asamblea aplaudió, con gran confusión de la dama aludida, que á pesar de su fuerza de voluntad no pudo impedir que su rostro se colorease.

Un poco restablecida la calma, Pedro de Bourdeilles, señor de Brantome, fué invitado á recitar alguna de sus anécdotas galantes, que terminaron por una risa general.

Las carcajadas se sucedían sin interrupción; había quien se apretaba la cintura ó se apoyaba en sus vecinos para no caer; los gritos salían de todos los labios y las lágrimas de todos los párpados, sacando cada uno su pañuelo, á la par que decían:

—Callad, callad, M. de Brantome. Ya no puedo más; callad.

La esposa del almirante había sido víctima como los

demás de ese espasmo nervioso ó irresistible que se llama risa, y como los demás en medio de convulsivos movimientos sacó el pañuelo de su bolsillo.

Y sucedió que al sacar su pañuelo sacó al mismo tiempo el billete que llevaba para Dandelot.

Pero mientras ella se llevaba el pañuelo á los ojos para secar las lágrimas, el billete cayó al suelo.

El príncipe de Joinville, que como hemos dicho estaba á su lado riéndose y agitándose, vió caer el billete, billete perfumado, plegado cuidadosamente, verdadero billete misterioso saliendo del bolsillo de la dama, y como que también tenía su pañuelo en la mano le dejó caer sobre el diminuto papel y lo recogió.

Seguro de que lo tenía ya en su poder, se lo guardó para leerlo en la ocasión más oportuna.

Esta no podía ser otra que la marcha de la señora de Coligny.

Como sucede en todos los paroxismos de alegría ó de dolor, á las bulliciosas carcajadas de la regia sociedad se siguieron algunos momentos de silencio, en medio del cual se percibió el sonido del reloj dando las doce de la noche.

Aquella hora reveló á la esposa del almirante que ya era tiempo de entregar el billete á Dandelot y de regresar á su casa.

Guardó el pañuelo en el bolsillo y buscó el billete.

Pero éste no estaba allí. Fué registrando sucesivamente todos sus bolsillos, su escarcela, su pecho; pero todo fué inútil; el papel había desaparecido, perdido según toda probabilidad.

Volvió á sacar el pañuelo, le sacudió, cambió de sitio su taburete; pero nada, la carta no estaba allí.

La dama palideció intensamente, y M. de Joinville, que iba siguiendo todos sus movimientos, no se pudo contener, y dijo:

—¿Qué tenéis, señora? Parece que habéis perdido algo.

—¿Yo?... no... sí... nada... nada... no he perdido nada, balbuceó la dama levantándose.

—¡Dios mío! querida amiga, dijo Catalina, ¿qué os sucede? ¡Tenéis alterado el semblante!

—No me siento bien y con permiso de Vuestra majestad me retiraré.

Catalina encontró la mirada de M. de Joinville y com-

prendió que debía dejar en completa libertad á la esposa del almirante.

—Querida amiga, la dijo, Dios me guarde de deteneros sufriendo como estáis. Id á vuestra casa y cuidad bien vuestra salud, que nos es muy querida.

La dama, pudiéndose sostener apenas, se inclinó sin responder, y salió.

Con ella marcharon también Ronsard, Baif, Daurat, Jodelle, Thiard y Belleau, que la acompañaron hasta su silla de manos.

Después, cuando los lacayos se dirigieron hacia el palacio de Coligny, los seis poetas ganaron los muelles y se dirigieron, hablando de retórica y filosofía, á la calle de Fossés-Saint-Victor, donde estaba situada la casa de Baif, especie de academia donde los poetas se reunían ciertos días, ó mejor dicho ciertas noches, para tratar de poesía ó de cualquier otra materia literaria y filosófica.

Dejémosles ir, porque nos romperían el hilo que nos conduce en el laberinto de intrigas políticas y amorosas en que estamos comprometidos, y volvamos á la cámara de Catalina.